

GRAMÁTICA DE LO INCONSCIENTE. PENSAR EL DESCUBRIMIENTO FREUDIANO COMO SIGNO*

*GRAMMAR OF THE UNCONSCIOUSNESS.
THINK THE FREUDIAN DISCOVERY AS A SIGN.*

Nicolás Martínez Mestre**

Hospital de San Carlos, Servicio de Salud Ñuble

*Recibido junio de 2014/Received June, 2014
Aceptado octubre 2014/Accepted October, 2014*

RESUMEN

El ensayo aborda el problema de la relación entre lingüística y psicoanálisis, a partir de sus respectivos objetos discursivos: el lenguaje y el inconsciente. Considerando el lugar que ocupa el problema del lenguaje en la reflexión del pensamiento contemporáneo, se abordan algunas nociones históricas sobre cómo ha sido pensado y concebido el lenguaje, en distintas épocas. En este marco se realiza una aproximación a los principales desarrollos de la semiología y el psicoanálisis lacaniano. Finalmente, se propone una distinción entre dos paradigmas para pensar el problema del inconsciente: foné y semeio, entre una retórica y una gramática de las formaciones del descubrimiento freudiano.

Palabras Clave: lenguaje, inconsciente, psicoanálisis, semiología, paradigma.

ABSTRACT

The paper addresses the problem of the relationship between linguistics and psychoanalysis, from their discursive objects: language and the unconscious. Considering the place of the language problem in reflection of contemporary thought, some historical notions about how it has been conceived and designed at different times it is addressed. In this framework, an approximation to the main developments of semiotics and Lacanian psychoanalysis is performed. Finally, a distinction between two paradigms for thinking about the problem of language in the unconscious is proposed: phoné and semeio, between rhetoric and grammar of the formations of the Freudian discovery.

Key Words: language, unconscious, psychoanalysis, semiotics, paradigm.

Preliminares

El problema de investigación que articula el presente ensayo es la relación que se puede establecer entre lo inconsciente, entendido como los fenómenos no voluntarios de la conciencia del sujeto, y el lenguaje. Por ende, esta reflexión escritural se ubica en un camino intermedio entre dos disciplinas: el psicoanálisis, en el desarrollo conceptual seguido

por Jacques Lacan, y la lingüística, en el marco de la semiología instituida por Charles Sanders Peirce y Ferdinand de Saussure. De modo tal que las preguntas que se intentan contestar remiten a esos dos ámbitos, en primer lugar ¿qué relaciones se pueden establecer entre psicoanálisis y lingüística? y, más precisamente, haciendo referencia a sus respectivos objetos discursivos, ¿qué vínculos se pueden plantear entre los dominios del inconsciente y del lenguaje?

* Este trabajo constituye uno de los desarrollos de las clases impartidas como docente invitado en el Postítulo en Clínica Psicoanalítica Lacaniana, impartido en la Universidad de Concepción, durante el segundo semestre del año 2012.

** Psicólogo, Licenciado en Psicología, Universidad de Tarapacá. Candidato a Magíster en Historia de Occidente, Universidad del Bío-Bío. Gazmuri #448, San Carlos, Provincia de Ñuble, Región del Bío-Bío. Chile. Correo electrónico: nicolas.martinezm@redsalud.gov.cl

Este problema de estudio constituye uno de los desafíos constantes del quehacer en el dispositivo psicoanalítico.

En este, tanto el sujeto en análisis (analizante) como el analista se ven enfrentados regularmente a una experiencia en el campo del lenguaje, de sus usos y límites. De parte del analizante, esto se manifiesta cuando al poner en palabras sus síntomas, conflictos e historia de vida surgen silencios, omisiones, lapsus, cuestiones que remiten al problema de los límites del ejercicio discursivo. Mientras que del lado del analista esta experiencia se enmarca en una práctica de escuchar el discurso inconsciente del Otro, y desde ahí puntualizar, preguntar, sugerir o interpretar el material psíquico emergente del analizante que le permita reconocer su deseo. De modo tal que la concepción que este tenga del lenguaje, repercute necesariamente sobre la forma de abordar la clínica y la analítica del sujeto.

Sigmund Freud desde los primeros trabajos sobre el sueño, los lapsus y chistes, inscribió el dominio del inconsciente en el campo del lenguaje¹. Punto de desarrollo de la teoría que se fue desdibujando por la predominancia que adquirió en los continuadores ingleses y americanos, las topologías del aparato psíquico: consciente, subconsciente e inconsciente; y, yo, ello y superyó, respectivamente. El psicoanalista francés Jacques Lacan desde la década del cincuenta y hasta comienzos de la década del setenta del siglo XX, retornó sobre esta vía de investigación teórica, volviendo en su lectura de la obra freudiana a esos textos fundantes, *La interpretación de los sueños*, *Psicopatología de la vida cotidiana*, *El chiste y su relación con lo inconsciente*, conceptualizando los términos freudianos en los desarrollos de la lingüística, específicamente en las nociones de significante y significado acuñadas por Saussure.

No obstante, el problema del lenguaje no ha ocupado un lugar predominante únicamente en lo que respecta al campo del psicoanálisis. En la reflexión académica de la filosofía y las ciencias humanas, el problema del lenguaje ha ocupado un lugar central durante el siglo XX, a tal punto ha llegado esta discusión, que se ha postulado incluso que el *pensamiento contemporáneo*, estaría caracterizado por un *giro lingüístico* el cual consistiría en un descentramiento del lugar del *cogito* y del sujeto en la racionalidad moderna². La lingüista y psicoanalista Julia Kristeva compara este giro del pensamiento de la época contemporánea con el desplazamiento

cultural que dio origen al Renacimiento en Europa, cuando el lugar predominante que tenía la noción de 'Dios' en las distintas esferas de la vida social y cultural fue desplazado por una preocupación central por el 'Hombre'. En nuestro tiempo, ese lugar estaría ocupado por el 'Lenguaje'³.

En este sentido, a partir de distintas disciplinas, se ha problematizado acerca de los sistemas humanos como *sistemas semióticos* o *sistemas lingüísticos*. Desde los fenómenos sociales, pasando por los culturales y psicológicos, todo estaría atravesado por la lógica del lenguaje como mediadora de la realidad humana, subjetiva. Por ejemplo, en el ámbito de la discusión filosófica, específicamente en la reflexión metafísica u ontológica, el filósofo alemán Martin Heidegger postularía en la primera mitad del siglo pasado, de forma metafórica, que el lenguaje sería el lugar del ser: "*El lenguaje es la casa del ser. En su morada habita el hombre. Los pensadores y poetas son los guardianes de esa morada*"⁴. Mientras que el lógico vienés Ludwig Wittgenstein, equidistante de la posición heideggeriana, en su obra *Tractatus logico-philosophicus* plantearía que los problemas de la filosofía constituyen pseudoproblemas, es decir, problemas que surgen del uso equivocado del lenguaje⁵. Los ejemplos podrían extenderse a otros campos y disciplinas, pero lo que se pretende resaltar aquí es que, en definitiva, en el debate contemporáneo, tanto desde un punto de la argumentación como del otro, se apela al recurso lingüístico para sostener una determinada tesis o idea⁶.

Entonces, en el marco de estas consideraciones, resulta pertinente preguntarse ¿cómo en la *historicidad* del saber occidental ha sido concebido el lenguaje? Entendiendo que este particular objeto de estudio ha asumido distintas configuraciones en la relación con las prácticas y saberes del Occidente, abordaremos algunas nociones históricas relevantes, tanto de la antigüedad grecorromana, la modernidad europea, y la América colonial y republicana. Premisas histórico-conceptuales fundamentales para el desarrollo posterior sobre los vínculos entre semiología y psicoanálisis.

1. Algunas nociones en torno a la historicidad del lenguaje

a) Antigüedad

Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov en su *Diccionario enciclopédico de las ciencias del*

lenguaje sostienen que el primer texto de lingüística del que se tiene conocimiento es la gramática sánscrita de Panini, correspondiente al siglo IV a.C. En ese texto se postula una teoría lingüística general de la que se desprenden las nociones de: a) *sphota*, entidad lingüística abstracta, en oposición a b) *dhvani*, realización individual de esta entidad⁷.

No obstante, la primera reflexión filosófica, deliberativa, en torno a este problema, se encuentra en un texto clásico de la filosofía del lenguaje, el diálogo *Crátilo* de Platón, escrito también en el siglo IV a.C., en el que Sócrates –personaje literario aquí– refuta las concepciones, expresadas por Hermógenes y Crátilo: aquella que concibe el lenguaje como una convención social, y la otra que sostiene que el nombre constituye la esencia de la cosa, parte de la naturaleza del objeto designado; el lenguaje en tanto *nómos* o en tanto *phýsis* respectivamente. Platón postula aquí un tipo de esencialismo, no reductible a la costumbre, ni a la naturaleza: “Nada importa que sean unas u otras las letras que expresan el mismo significado; ni tampoco que se añada o suprima una letra con tal que siga siendo dominante la esencia de la cosa que se manifieste en el nombre”⁸.

En este diálogo el filósofo ateniense plantea el problema del origen de las palabras, utilizando como método la similitud fonética de éstas. Aunque la mayor parte de las etimologías ofrecidas por Platón han sido refutadas por los investigadores⁹, el diálogo resulta útil para comprender el modo en que los intelectuales de la Grecia clásica (filósofos y sofistas) abordaban el problema del lenguaje. En el caso de la palabra *soma* (cuerpo), por ejemplo, el discípulo de Sócrates comenta lo siguiente:

*Hay quienes dicen que es la “tumba” (sêma) del alma, como si ésta estuviera enterrada en la actualidad. Y, dado que, a su vez, el alma manifiesta lo que manifiesta a través de éste, también se la llama justamente “signo” (sêma). Sin embargo, creo que fueron Orfeo y los suyos quienes pusieron este nombre, sobre todo en la idea de que el alma expía y de que tiene al cuerpo como recinto en el que “resguardarse” (sôizetai) bajo la forma de prisión. Así pues, éste es el sôma (prisión) del alma, tal como se le nombra, mientras ésta expía sus culpas; y no hay que cambiar ni una letra*¹⁰.

Como se puede apreciar en la cita, existe en este escrito una predominancia del aspecto fonético

en la explicación del origen de la palabra *soma*: cuerpo (*sôma*), comparte el significante con prisión (*sôma*), sonoridad que remite a tumba (*sêma*) y a signo (*sêma*), significados distintos con significante común, y finalmente a resguardarse (*sôizetai*). El texto platónico es representativo del campo de significación en el cual vivían los intelectuales helénicos, dominado por la *phoné*, debido quizá al lugar del *logos* en el *ágora* y en la vida pública democrática¹¹.

b) Modernidad

En el contexto de la modernidad filosófica europea, iniciada en el siglo XVII por el racionalismo cartesiano, entendido este como un sistema deductivo de verdades necesarias, Antoine Arnauld y Claude Lancelot publican en 1660 su obra *Grammaire générale et raisonnée de Port-Royal*¹². En ella definen la gramática como el arte de hablar, “*la grammaire est l’art de parler*”¹³, que consistiría fundamentalmente en explicar los pensamientos por medio de signos que responden a una convención social, “*parler, est expliquer ses pennsées par des signes que les homme sont inventés à ce dessein*”¹⁴.

El lenguaje en el racionalismo del siglo XVII es representación del pensamiento. En este sentido lenguaje y pensamiento son concebidos como entidades diferenciadas, situando a una en función de *representación* de la otra. Estos primeros lingüistas modernos concibieron un modelo de gramática universal, una gramática general, es decir, que no respondiera a ninguna lengua en particular. En el supuesto, *idealista* y *racionalista*, de que si un mismo pensamiento es posible de ser expresado por medio de distintos signos, la diversidad de lenguas de las distintas comunidades humanas, responderían a un número determinado de pensamientos, posible de circunscribir en una gramática de tipo general.

c) América

En la América colonial de los siglos XVI, XVII y XVIII, el problema del lenguaje adquirió una significación política y cultural de primer orden, debido a las dificultades que implicaba la relación con las comunidades originarias, desde una mentalidad colonizadora europea cuyos fines consistían fundamentalmente en la dominación política, explotación económica, y conversión cultural al cristianismo. Este último problema

cultural posibilitaría el surgimiento de una extensa producción escrita, de distintos órdenes religiosos, denominadas ‘*Arte de la lengua general*’, cuyo fin era facilitar las tareas culturales de conversión instituidas por el régimen monárquico. En 1765, Andrés Febres publicaba en el centro político de la administración colonial, Lima, su obra *Arte de la lengua general del Reyno de Chile*¹⁵. Texto escrito desde las nociones de una mentalidad cristiana, donde el Otro era concebido como infiel,

*Para el bien de estos Indios Chilenos, he solicitado instruir à los nuevos Misioneros con esta obrita: espero que con la pureza, y calor de vuestra luz, disipareis las manchas, y deshareis el hielo de mis frios caractères, para que los Jesuitas mis Hermanos, à quienes tocàre la suerte, imponiendose en breve en esta Lengua estraña, predique à los Indios vuestras grandezas, y las de la misma Luz increada, de que sois madre, con unas lenguas de Luz, y Fuego, como las de los Apòstoles. Y mucho más confio, que con esa misma Luz disipareis las tinieblas de infidelidad, en que viven tantos Indios hasta los fines de la tierra*¹⁶.

Como se desprende de la cita, los estudios del clasicismo colonial sobre el lenguaje del Otro se encontraban determinados por una función de dominación ideológico-cultural de las comunidades originarias. Lo cual suponía también una serie de dificultades prácticas, relativas a las sensibilidades culturales de ambas comunidades en conflicto, como señala el mismo Febres “*el quisiere hablar bien, y con facilidad esta Lengua, después de impuesto en la teòrica de èlla, se arroje, sin temor, miedo, ni reparo, à hablar las palabras que sepa, y aunque las diga mal, y se rian tal vez los Indios, no le de cuidado, que con este denuedo en pocos meses verà la facilidad que adquiere*”¹⁷.

El período republicano marcó una ruptura respecto de los estudios lingüísticos, demarcándose ya no en función de la dominación del Otro, sino de la producción y difusión cultural del naciente Estado-Nación. En ese contexto se ubica la obra del intelectual republicano Andrés Bello, insigne agente cultural del período, quien escribiría un texto titulado *Compendio de la historia de la literatura*¹⁸, redactado originalmente en 1850 para la enseñanza del Instituto Nacional. En este, el primer rector de la Universidad de Chile, nos hace un recorrido por las distintas literaturas de todas las épocas. De modo

tal que al referirse a los orígenes de la literatura nos remonta al Indostán, cuna de la civilización antigua, cuya lengua era el *sánscrito*, señalando que en la sociedad India –que retenía hasta ese tiempo su antigua forma en el Indostán– existía una división en clases sociales en la cual los brahmanes (sacerdotes) poseían el dominio de la escritura. En esa primera forma literaria, ligada estrechamente a lo religioso, se comienza por una genealogía de la divinidad¹⁹.

El texto Bello era el reflejo de un tipo de producción intelectual, ampliamente extendido en la Europa decimonónica, en el que se abordaba el estudio de la literatura, a partir de una forma de historia positivista, cuyo objetivo era hacer un compendio lo más detallado y erudito posible. En su *Introduction à la poétique*, curso dictado por Paul Valéry en el Collège de France, durante 1937, el autor discute con este tipo de producción cultural, planteando que esta se encontraría organizada sobre el supuesto de que la literatura era concebida como una extensión y aplicación de ciertas propiedades del lenguaje, proponiendo que la historia de la literatura podría escribirse sin mencionar un solo autor, “La Historia de la Literatura –dice Valéry– no debería ser la historia de los autores y de los accidentes de su carrera o de la carrera de sus obras, sino la Historia del Espíritu como productor o consumidor de literatura”²⁰.

2. Semiología y psicoanálisis

Hacia fines del siglo XIX dos autores, distantes uno del otro –sin contacto entre sí–, concibieron una ciencia de los signos, Charles Sanders Peirce y Ferdinand de Saussure. El primero denominaría *semeiotic* –concepto originalmente acuñado por John Locke– a la lógica en tanto ciencia de los signos, considerando a esta como una ciencia del lenguaje²¹.

Peirce divide el signo en tres partes: a) íconos, b) indicios y c) símbolos. Estableciendo, como diferencia entre signo y significado, el que un sistema de signos constituye la condición de la significancia. Concluye así, que el ser humano, su pensamiento y su emoción pueden ser entendidos como un signo²².

Saussure, por otra parte, comienza su reflexión a partir del concepto de *lengua*, asignándole a la lingüística tres tareas: a) describir en sincronía y diacronía todas las lenguas conocidas; b) deslindar

las leyes generales que actúan en las lenguas; c) delimitarse y definirse a sí misma. Este autor plantea la pregunta acerca del objeto concreto de la lingüística, de donde distingue los términos *lenguaje* y *lengua*:

Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social, no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desarrollar su unidad.

La lengua, por el contrario, es una totalidad en sí y un principio de clasificación. En cuanto le damos el primer lugar entre los hechos de lenguaje, introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación²³.

De este modo concibe como unidad de análisis la *lengua*, en tanto objeto unificado y susceptible de clasificación, la que sería aquella parte social del lenguaje. El concepto de lengua estaría constituido por un sistema de signos en el que lo esencial está dado por la unión de un *sentido* a una *imagen acústica*²⁴. Asimismo, Saussure “llama signo al total resultante de la asociación de un *significante* (=imagen acústica) y de un *significado* (=concepto)”²⁵. El papel del signo es representar algo, sustituir una cosa evocándola. Este autor propone un proyecto de ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social, a la que da el nombre de *semiología*²⁶.

En este sentido concibe los *sistemas semióticos* compuestos por signos, en función de significar, abrir campos de significación. Caracterizándose por: 1) el modo de operación, es decir, la manera como el sistema actúa, especialmente el sentido (vista, oído, etcétera) al que se dirige; 2) el dominio de validez, aquel donde se impone el sistema y debe ser reconocido u obedecido; 3) la naturaleza y número de los signos, función de las condiciones mencionadas; 4) el tipo de funcionamiento, relación que une los signos y les otorga función distintiva²⁷.

A mediados del siglo XX, el psicoanalista francés Jacques Lacan retoma los conceptos freudianos y los inscribe en el campo de la lingüística abierto por Saussure. En su discurso de Roma, pronunciado en el Instituto de Psicología de la Universidad de Roma, en el marco del Congreso de los Psicoanalistas de Lengua Romance llevado a

cabo entre el 26 y 27 de septiembre de 1953, que lleva por título *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, sostiene respecto del psicoanálisis que: “sus medios son los de la palabra en cuanto que confiere a las funciones del individuo un sentido; su dominio es el del discurso concreto en cuanto campo de la realidad transindividual del sujeto; sus operaciones son las de la historia en cuanto que constituye la emergencia de la verdad en lo real”²⁸.

Desde ese marco de referencia, en el que inscribe los aportes del psicoanálisis en el ámbito del lenguaje y la historia, es que redefine ciertos conceptos. Inconsciente sería así una parte del discurso concreto que falta a la disposición del sujeto²⁹. El sueño, formación del inconsciente, tendría la estructura de una frase, una escritura³⁰. El lapsus así como el acto fallido serían un discurso logrado³¹. El síntoma estructurado como un lenguaje, se resolvería en un análisis del lenguaje³². En síntesis, el trabajo intelectual de Lacan consistió fundamentalmente en inscribir los desarrollos del psicoanálisis en los aportes conceptuales de la lingüística.

Estos desarrollos del campo psicoanalítico llevaron a los lingüistas contemporáneos de Lacan a pensar esa relación entre lenguaje e inconsciente. Benveniste, por ejemplo, escribe en un texto sobre la función del lenguaje en el campo psicoanalítico que:

El inconsciente emplea una verdadera “retórica” que, como el estilo, tiene sus “figuras”, y el viejo catálogo de los tropos, brindaría un inventario apropiado para los dos registros de la expresión. Por una y otra parte aparecen todos los procedimientos de sustitución engendrados por el tabú: el eufemismo, la alusión, la antifrasis, la preterición, la lítote. La naturaleza del contenido hará aparecer todas las variedades de la metáfora, pues es de una conversión metafórica de la que los símbolos del inconsciente extraen su sentido y su dificultad a la vez. Emplean también lo que la vieja retórica llama metonimia (continente por contenido) y sinécdoque (parte por el todo), y si la “sintaxis” de los encadenamientos simbólicos recuerda algún procedimiento de estilo entre todos, será la elipsis³³.

En definitiva, de lo planteado anteriormente se desprende que el modelo o paradigma para pensar los fenómenos inconscientes fue el modelo de la *lengua*, entendido como signo compuesto por un

significante y un significado. En esa concepción se ordenan los fenómenos, mecanismos y producción de una *retórica* de lo inconsciente, articulada bajo la noción subyacente de *phoné*.

3. Pensar lo inconsciente como signo, texto y escritura

Martin Heidegger, en un opúsculo titulado *La palabra. La significación de las palabras*, distingue tres ámbitos de la palabra: suena, designa y significa. La dimensión fónica, palabra que deriva del griego *phoné*, sería aquella dimensión del lenguaje correspondiente al plano físico de las palabras, mientras que la significación estaría vinculada al metafísico, en el sentido de que no está en el plano sensible de la realidad. La implicancia antropológica que plantea Heidegger sería que: “*El hombre tiene el lenguaje, porque el lenguaje se origina en la palabra, pero la palabra, como el Decir del Ser, tiene al hombre, es decir, lo afiata en su destinación*”³⁴.

Así podríamos distinguir dos modelos o paradigmas en la relación histórica que se estableció entre psicoanálisis y lingüística. El primer modelo, desde Lacan, estaría caracterizado por una predominancia de la *phoné*, que en términos clínicos implicaba la escucha literal del significante *sin alterar una sola letra*. Condición de posibilidad –o en términos foucaultianos, un *a priori epistémico*– de una *retórica* del inconsciente. El segundo, quizá menos elaborado por este, sería el de *semeio*, del signo en el inconsciente, posibilidad de una *gramática* del inconsciente. Retórica y gramática constituirían dos modelos para elaborar una relación entre los objetos discursivos del psicoanálisis y la lingüística: el inconsciente y el lenguaje.

Es posible entender así el inconsciente como un libro, un texto, compuesto de una *escritura* de signos a descifrar. Tanto en Lacan como en Freud se puede pesquisar esa sugerencia conceptual y metodológica. Planteamiento que remite a aquellos lingüistas y filósofos de la segunda mitad del siglo XX, como Umberto Eco, Roland Barthes o Paul Ricœur, entre otros, quienes teorizaron sobre el problema del texto y su hermenéutica.

En esta perspectiva teórica, Émile Benveniste plantea que en nuestra vida social utilizamos varios *sistemas de signos*: signos del lenguaje, signos de la escritura, signos de cortesía, de reconocimiento, de adhesión, signos exteriores (de condiciones sociales), signos monetarios, signos de los cultos, ritos,

creencias, signos del arte. A tal punto, que “*nuestra vida entera está presa en redes de signos que nos condicionan al punto de que no podría suprimirse una sola sin poner en peligro el equilibrio de la sociedad y del individuo*”³⁵.

Stéphane Mallarmé en el siglo XIX había planteado que del libro, siendo expansión total de la letra –del signo, *semeio*–, se instituye un juego que confiere a la ficción³⁶. En este sentido, el signo articula el campo de significación (imaginario) del sujeto. Roland Barthes apunta en la misma dirección argumentativa que el signo “*es un disparador de lo Imaginario*”³⁷. Continuando con Mallarmé, este asimilará la lectura a un “*tácito concierto*” en cuya “*sinfonía*” el espíritu retomará una “*sonoridad menor*”, la significación³⁸.

Escribir un texto, postula Barthes, es ya organizar el mundo, es ya pensar³⁹. En este plano de la escritura del signo es donde el semiólogo italiano Umberto Eco realiza una serie de distinciones con el objeto de delimitar el terreno de la interpretación. Eco distingue entonces tres intenciones: a) la *intentio auctoris*, del autor, la cual se encuentra perdida para el intérprete, el autor (así como el *yo*, así como el *sujeto*) sería un recurso imaginario del intérprete, inalcanzable; b) la *intentio operis*, es aquella accesible al interpretador, accesible a la tarea semiótica de encontrar un sentido, es el texto mismo (el discurso del inconsciente, podríamos decir), y; c) la *intentio lectoris*, aquella estrategia semiótica que utilizará el intérprete para la tarea de descifrar un sentido (la teoría del analista)⁴⁰.

En el plano del texto, Eco reconocerá cuatro ámbitos de posiciones subjetivas: a) del autor, dos posiciones, un *autor empírico*, que sería aquel que objetivamente produce la obra, y un *autor ideal*, aquel que supone la obra en cuestión; b) asimismo del lector, supondrá un *lector empírico*, o sea, aquel que concretamente lee la obra, y un *lector ideal*, ese que supone el texto, el gran Otro –lugar de la palabra– hacia el cual se dirige su discurso⁴¹.

El texto en esta concepción sería entonces “*un dispositivo concebido con el fin de producir un lector modelo*”⁴². Al lector o intérprete se le plantea la tarea de reconocer la *intentio operis* que es, en definitiva, reconocer una estrategia semiótica, una estrategia de sentido. A propósito de lo cual parece pertinente señalar que el sentido, de acuerdo con Roland Barthes, nace estructuralmente por diferencia y no por repetición, “*de modo que un término raro, desde que está captado en un sistema de exclusiones*

y de relaciones, significa tanto como un término frecuente”⁴³.

4. Perspectivas

En estas breves líneas hemos intentado retomar el campo de investigación abierto por las nociones, conceptos y teorías del psicoanálisis y la lingüística, que iniciara Freud, y continuara Lacan, cada uno de acuerdo con el estado de la ciencia y pensamiento de su época. Intentando aportar algunos conceptos a la discusión analítica actual. E indicando vías de desarrollo e investigación, teóricas y clínicas, posibles de continuar en posteriores estudios.

La posibilidad de conceptualizar los fenómenos de la experiencia analítica supone de manera

correlativa un esfuerzo situar ese plano de lo real con el *estado general* de las ciencias y las disciplinas ligadas al lenguaje. Es una de las huellas que legaran, tanto Freud como Lacan. En el entendido de que la interpretación de lo inconsciente, el estudio y sentido del psicoanálisis en nuestro mundo contemporáneo, son posibles en la medida en que esta disciplina—definida por una práctica y un saber no habitual— es capaz de establecer un diálogo con otras disciplinas, filosofía, literatura e historia.

Hemos de añadir a ese imperativo ético y científico freudiano una disciplina de nuestro tiempo, la lingüística, en lo que puede aportar a una *retórica* y *gramática* de esa parte oculta de nosotros mismos, el deseo—el *pathos* humano— y facilitar así en los analistas su *escucha* y *lectura*.

Referencias

- Arnauld, A., Lancelot, C. (1660/1803). *Grammaire générale et raisonnée de Port-Royal*. Paris: L'imprimerie de Munier.
- Barthes, R. (1978/1998). *Lección inaugural de la cátedra de semiología lingüística del Collège de France*, pronunciada el 7 de enero de 1977. México: Siglo XXI.
- (1966/1994). *Crítica y verdad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bello, A. (1850/1883). *Compendio de la historia de la literatura*. En: *Obras Completas*, tomo VI, *Opúsculos literarios i críticos*, vol. I. Santiago: impreso por Pedro G. Ramírez, 1883.
- Benveniste, É. (1966/1999). *Problemas de lingüística general*, tomo I. México: Siglo XXI.
- (1974/1999). *Problemas de lingüística general*, tomo II. México: Siglo XXI.
- Borges, J. L. (2011). Textos cautivos. En J. L. Borges, *Obras completas*, vol. 14 (p. 273). Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Burckhardt, J. (1860/2004). *La cultura del Renacimiento en Italia*. Madrid: Akal.
- Ducrot, O., Todorov, T. (1995). *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. México: Siglo XXI.
- Eco, U. (1990/1997). *Interpretación y sobreinterpretación*. Madrid: Cambridge University Press.
- Febres, A. (1765). *Arte de la lengua general del Reyno de Chile*. Lima: calle de la Encarnación.
- Foucault, M. (1966/2005). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Madrid: Siglo XXI.
- Freud, S. (1900/1991). La interpretación de los sueños. En S. Freud, *Obras completas*, vols. IV y V. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1901/1991). Psicopatología de la vida cotidiana. En S. Freud, *Obras completas*, vol. VI. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1905/1991). El chiste y su relación con lo inconsciente. En S. Freud, *Obras completas*, vol. VIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Heidegger, M. (1944/1995). *La palabra. La significación de las palabras*. Santiago: Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS.
- (1946/2006). *Carta sobre el humanismo*. Madrid: Alianza.
- Kristeva, J. (1969/1988). *El lenguaje, ese desconocido. Introducción a la lingüística*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Lacan, J. (1966/2002). *Escritos*, tomo I y II. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mallarmé, S. (1895/1995). *El libro, instrumento espiritual y otras prosas*. Santiago: Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS.
- Platón. (1992). *Diálogos*, vol. II. Madrid: Gredos.
- Rorty, R. (1967/1990). *El giro lingüístico*. Barcelona: Paidós.
- Vernant, J. P. (1962/1992). *Los orígenes del pensamiento griego*. Barcelona: Paidós.
- Wittgenstein, L. (1921/2005). *Tractatus lógico-philosophicus*. Madrid: Alianza.

Notas

- ¹ Cf. Freud, S. (1900/1991). *La interpretación de los sueños*. En: *Obras completas*, vols. IV y V. Buenos Aires: Amorrortu; Freud, S. (1901/1991). *Psicopatología de la vida cotidiana*. En: *Op. cit.*, vol. VI; y Freud, S. (1905/1991). *El chiste y su relación con lo inconsciente*. En: *Op. cit.*, vol. VIII.
- ² Cf. Rorty, R. (1967/1990). *El giro lingüístico*.
- ³ Kristeva, J. (1969/1988). *El lenguaje, ese desconocido. Introducción a la lingüística*. Sobre la época renacentista consultar Burckhardt, J. (1860/2004). *La cultura del Renacimiento en Italia*.
- ⁴ Heidegger, M. (1946/2006). *Carta sobre el humanismo*.
- ⁵ Wittgenstein, L. (1921/2005). *Tractatus lógico-philosophicus*.

- ⁶ Cf. Foucault, M. (1966/2005). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Donde el autor postula que el objeto discursivo 'ser humano' emerge como desplazamiento de la formación discursiva de la episteme moderna.
- ⁷ Ducrot, O., Todorov, T. (1972/1995). *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*.
- ⁸ Platón (1992), Crátilo, 393d. *Diálogos II*, p. 382.
- ⁹ Cf. *Ibidem*, Introducción.
- ¹⁰ *Ibid.*, 400c, pp. 394-5.
- ¹¹ Cf. Vernant, J. P. (1962/1992). *Los orígenes del pensamiento griego*.
- ¹² Arnauld, A., Lancelot, C. (1660/1803). *Grammaire générale et raisonnée de Port-Royal*. Paris: L'imprimerie de Munier.
- ¹³ *Ibidem*, p. 247.
- ¹⁴ *Ibid.*, p. 247.
- ¹⁵ Febres, A. (1765). *Arte de la lengua general del Reyno de Chile*.
- ¹⁶ *Op. cit.*, *Dedicatoria*, sin numeración de página.
- ¹⁷ *Op. cit.*, *Prólogo al estudioso*, sin numeración de página.
- ¹⁸ Bello A. (1850/1883). *Compendio de la historia de la literatura*. En: *Obras Completas*, tomo VI, *Opúsculos literarios i críticos*, vol. I.
- ¹⁹ *Op. cit.*, p. 4.
- ²⁰ Citado en Borges, J. L. (1938/2011). *Textos cautivos*, p. 273. En *Obras completas*, vol. 14.
- ²¹ Citado en: Benveniste, É. (1974/1999). *Problemas de lingüística general*, tomo II, cap. 3, *Semiología de la lengua*. *Op. cit.*, p. 48.
- ²² *Op. cit.*, p. 50.
- ²³ *Op. cit.*, p. 50.
- ²⁴ Kristeva, J. (1988). *Op. cit.*, pp. 12-3.
- ²⁵ Benveniste, É. (1966/1999). *Op. cit.*, tomo I, cap. 4, *Naturaleza del signo lingüístico*, p. 49.
- ²⁶ Benveniste, É. (1974/1999). *Op. cit.*, tomo II, cap. 2, *Comunicación*, apartado *Semiología de la lengua*.
- ²⁷ *Ibidem*, p. 54.
- ²⁸ *Ibid.*, p. 55.
- ²⁹ Lacan, J. (2002). *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. En: *Escritos*, tomo I, p. 247.
- ³⁰ *Ibidem*, pp. 248-9. El mismo autor señalará tiempo después que el inconsciente se encuentra estructurado como una cadena de significantes que se repite e insiste en los cortes del discurso consciente. Lacan, J. (2002). *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. En: *Escritos*, tomo II, p. 779.
- ³¹ *Ibid.*, p. 257.
- ³² *Ibid.*, p. 258.
- ³³ *Ibid.*, p. 258.
- ³⁴ Benveniste, É. (1966/1999). *Op. cit.*, tomo I, cap. 8, *Observaciones sobre la función del lenguaje en el descubrimiento freudiano*, p. 86.
- ³⁵ Heidegger, M. (1944/1995). *La palabra. La significación de las palabras*, p. 5.
- ³⁶ *Op. cit.*
- ³⁷ Mallarmé, S. (1895/1995). *El libro, instrumento espiritual y otras prosas*, p. 4.
- ³⁸ Barthes, R. (1978/1998). *Lección inaugural de la cátedra de semiología lingüística del Collège de France, pronunciada el 7 de enero de 1977*, p. 144.
- ³⁹ *Op. cit.*, p. 4.
- ⁴⁰ Barthes, R. (1966/1994). *Crítica y verdad*, p. 33.
- ⁴¹ Eco, U. (1990/1997). *La sobreinterpretación de textos*. En: *Interpretación y sobreinterpretación*, pp. 56-79.
- ⁴² Eco, U. (1990/1997). *Entre el autor y el texto*. En: *Op. cit.*, pp. 80-103.
- ⁴³ *Ibid.*
- ⁴⁴ Barthes, R. (1966). *Op. cit.*, pp. 68-9.